

LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 148.—1.º de Mayo de 1876.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS HERIDOS, DAMOS GRACIAS Á....

Una suscritora, por trapos.

Una persona que no dijo su nombre, por hilas y trapos.

EN NOMBRE DE LOS POBRES Á...

Una suscritora de Guadalajara.—Los 10 rs. se han dado á la familia patrocinada por la decena de que V. formaba parte, que se encuentra muy necesitada y que ha colmado á V. de bendiciones.

En nombre de una persona que murió hace 28 años.—Hemos hallado una jovencita con las circunstancias que V. deseaba, y le hemos dado su limosna de 20 rs. Seguramente la persona que V. recuerda al darla, la bendice por hacerlo en su nombre.

LAS VÍCTIMAS DEL TRABAJO.

ARTÍCULO 2.º Y ÚLTIMO.

Hemos dicho en nuestro primer artículo, que la cuestion de las víctimas del trabajo tenia dos partes.

- 1.^a Evitar las desgracias que pueden evitarse.
- 2.^a Indemnizar en lo posible los perjuicios causados por accidentes ó catástrofes inevitables.

Aunque brevemente tratamos de la primera parte; réstanos hacer algunas observaciones sobre la segunda.

Hace algunos años, varias personas se asociaron con el proyecto de reunir fondos, y atender de una manera ordenada y permanente, á los *inválidos del trabajo*. Reuniéronse algunos fondos, y la idea iba á realizarse, cuando el Gobierno de entonces, creyendo ver en ella un pensamiento político y hostil, — ¡cosa increíble por cierto! — prohibió la asociación. Los fondos reunidos, han estado muchos años esperando una coyuntura que no llegaba, los principales promovedores murieron, y no fué malo que las limosnas estaban en buenas manos, y se entregaron no há mucho con *los réditos*, para el colegio de Nuestra Señora de la Asuncion, que recoge huérfanos de víctimas del trabajo.

No tratamos de calificar el hecho de prohibir una obra de caridad, sino de probar que es obra de justicia, y que el Estado debe atender á los inválidos del trabajo, como á los de la guerra. El Estado forma parte de la sociedad, y en muchos casos obra como su mandatario, como el cumplidor de su voluntad, y ejecutor de su justicia. El Estado, no es una entidad diferente, ni aislada, ni menos superior á la Sociedad; á esta sirven los que le sirven á él, y solo por una confusion de ideas puede suponerse en el Estado una independendencia y superioridad que no tiene, y dar á sus servidores privilegios que no deben tener. Este error, como todos, lleva á una injusticia, y con la mayor tranquilidad de conciencia se abandonan á la caridad pública los inválidos del trabajo.

Va siendo tiempo de formar ideas más exactas y poner en práctica principios más equitativos. Un labrador y un cantero, sirven á la sociedad tanto como un magistrado y un guardia civil, porque si la justicia es necesaria, no lo es menos el albergue y el alimento. Y citamos aquellos servidores del Estado, cuya inutilidad es incontestable; prescindiendo de otros cuyos servicios son muy problemáticos, ó positivamente negativos. Aunque muy imperfecta, se concibe Sociedad sin Estado, ó que tenga de él solo un bosquejo; pero Estado sin sociedad, es imposible. Que pruebe la milicia, y la magistratura, y la diplomacia y los empleados todos, á vivir sin agricultura, industria, comercio y ciencia.

No hacemos más que apuntar ideas, por parecernos tan claras, que su sencilla enunciaci3n lleva consigo la prueba. Trabajan para la sociedad, (por el intermedio del Estado 3 no, que esto no cambia la esencia del trabajo ni del trabajador,) trabajan para la Sociedad, decimos, el soldado y el juez, lo mismo que el labrador y el cantero, y cuando trabajando se inutilizan, tienen igual derecho 3 ser socorridos como inválidos, y si mueren, sus familias.

Y esto, no lo pensamos solamente los redactores de LA VOZ DE LA CARIDAD, por ser algo parciales de los pobres, ni las señoras que nos dejamos arrastrar por el sentimiento, no. La cuesti3n se discute ya entre hombres graves, no entusiastas, y cuando estas cuestiones empiezan 3 discutirse, est3n muy cerca de resolverse favorablemente para los que tienen justicia.

Si las v3ctimas del trabajo sucumbieran en corto n3mero, 3 ac3 y all3 desparramadas, cayendo poco 3 poco y sin ruido, es probable que hubieran pasado muchos a3os, sin que se fijara en ellas la atenci3n; pero en las minas de carbon de piedra caen 3 centenares, y el *grison* produce cat3strofes de que no va siendo f3cil desentenderse. Dos ha habido en B3lgica en poco tiempo; posteriormente en Saint-Etienne han quedado sepultados m3s de 200 hombres, y en Inglaterra, un a3o con otro, perecen 500.

Aunque la Gran-Bretaña no pasa por ser muy entusiasta de los principios democr3ticos, ni por mimar mucho 3 sus pobres, 3 porque esta opini3n no sea exacta, 3 porque han variado las cosas de los tiempos en que se form3, 3 porque *las indias negras*, como llamaba Jovellanos 3 las minas de hulla, siendo esencial elemento de la vida de aquel pa3s, cuanto 3 ellas se refiere, es de capital importancia, ello es lo cierto, que la prensa de Inglaterra empieza 3 tratar de la cuesti3n de si el Estado ha de socorrer 3 los inválidos y familias de los muertos, en las explosiones de las minas, y 3 discutir en qu3 forma, y de qu3 modo se allegar3n fondos.

Lo esencial es que se resuelva conforme 3 justicia la cuesti3n de derecho, porque si los inválidos del trabajo le tienen 3 ser socorridos, lo mismo que las familias de los muertos, el resolver c3mo, es problema muy secundario. Qui3n propone que indemnicen los due3os de las minas, qui3n que para este objeto cada tonelada de carbon pague una cantidad muy m3dica, qui3n que el Estado cubra esta atenci3n, como las otras, del presupuesto general. Debemos a3adir, que la cuesti3n, que sepamos al m3nos, no se ha promovido por personas que se dedican 3 defender

la justicia de los pobres, ni á despertar en su favor la caridad, sino por un periódico de carácter científico, *El Minero*, que se publica en Lóndres.

En Inglaterra han llamado la atención hasta ahora únicamente los que perecen en las minas, por su gran número sin duda, y por la vital importancia del trabajo á que se dedican; pero estableciendo su derecho, es imposible rehusarlo á los demás trabajadores. ¿Qué diferencia hay ante él entre el que muere en la explosión de una mina, se cae de un andamio, perece asfixiado al bajar á un pozo inmundo, ó sucumbe de uno de tantos modos como pueden perder la vida los trabajadores? Y de estos modos, hay algunos, que hacen doblemente acreedoras á las víctimas, y más repugnante y odiosa la injusticia del abandono en que se los deja. Un operario que se inutiliza ó perece en un fuego, los tripulantes de la lancha de un práctico, que por salir á dar auxilio á un buque se ahogan, y otros semejantes, pueden llamarse víctimas de la abnegación ó del deber, y abandonadas quedan, como las del trabajo.

Escribir mucho sobre esto, es ofender al lector, cuya conciencia afirmará lo que decimos, mejor que largas disertaciones y estudiados argumentos.

Una vez que se reconozca derecho de indemnización á los inválidos del trabajo y familias de los muertos, hay que resolver si el Estado levanta esta nueva carga, ó se impone á los particulares, en cuyo servicio directo pereció el trabajador. Como, desgraciadamente, la cuestión teórica no se ha resuelto, ni es probable que tan pronto se resuelva, no urge mucho tratar de la práctica; no obstante, manifestaremos algunas ideas, más como quien hace indicaciones y manifiesta dudas, que como quien con entera seguridad afirma.

Tal vez convendría no aplicar las mismas reglas á las diferentes clases de trabajos, y á la distinta condición de aquel por cuya cuenta se realizan. Una corporación que dispone de cuantiosos recursos, una compañía poderosa, un opulento capitalista, no deben sujetarse á la misma regla que un pobre que, haciendo con gran necesidad y mayor sacrificio una pequeña obra, ve perecer ó inutilizarse en ella el operario.

Tampoco deben confundirse los trabajos que son malsanos ó peligrosos por necesidad, con los que no se hallan en este caso; ni los que tomen para seguridad del operario toda clase de precauciones, con los que las descuidan; porque sin perjuicio de la responsabilidad criminal, cuando la hubiere, todas estas dife-

rencias debe producirlas en la forma de la indemnizacion, el dia de justicia en que para los inválidos del trabajo se reconozca como un derecho.

CONCEPCION ARENAL.

Gijon, 8 de Marzo 1876.

NECROLOGÍA.

La muerte vá arrebatándonos algunos de nuestros más constantes y apreciables suscritores. Uno de ellos ha sido recientemente, el Sr. D. Manuel Muñoz y Garnica, dignísimo Lectoral de la catedral de Jaen.

No solo era un benemérito eclesiástico, ventajosamente conocido por sus escritos y por su celo evangélico é ilustrado, por lo cual estuvo indicado para una silla episcopal, sino que, entre sus virtudes cristianas, se distinguia en él la de la caridad más ardiente. A esa caridad suya se debió principalmente el establecimiento de las Hermanitas de los pobres en Jaen, y otras fundaciones benéficas, no solo allí, sino en otras poblaciones. ¡Es un ejemplo bien digno de ser imitado!

La prensa de Madrid y de Andalucía ha consignado artículos y frases sentidas á la memoria del Sr. Muñoz: *La Voz de la Caridad*, que siempre simpatiza con todos los que la ejercen, da este testimonio de aprecio á esa memoria tan llorada por los pobres y tan querida de todos.

FAUSTO.

CUADROS DE LA GUERRA.

XXI.

—Madre, coma usted, nosotros hemos tomado bastante; va á sobrar y perderse, y es lástima. Otro par de cucharadas cada una, vamos.

—No, hijas mias, no tengo gana: se quita con ver tantas lástimas, y los viejos pasamos con poco alimento: en vuestra edad

se necesita más: acabad antes que se enfrie; yo he comido de sobra: casi me siento empachada.

Diálogos como este ó parecidos se repiten á la hora de comer, entre una anciana y tres jóvenes, en cuya mesa se presenta para las cuatro la comida que no bastaría para una, y de la que aun dejan á la criada: si escasa, fuera al menos nutritiva y de buena calidad... pero se compone de pan malo y algunas legumbres. La casa, sin ser lujosa, por su ajuar y aseo, está lejos de revelar semejante penuria. Aquella miseria no es de una familia, sino de un pueblo sitiado que va agotando todos sus recursos y sufre los horrores del hambre.

Un dia, la criada que ha ido por agua vuelve sin ella, y en su fisonomía se pinta el terror. Tan conmovida está, que no puede hablar; cuando se tranquiliza, cuenta que le han hecho fuego, mucho fuego, los sitiadores, y que ya es imposible salir fuera de la muralla: dentro no hay más que pozos y en corto número. Al criminal más rebelde, apenas para reducirle se le deja algun dia á pan y agua; los honrados moradores de aquella ciudad no tienen agua ni pan: son las leyes de la guerra.

La epidemia inocular su virus, hace numerosas víctimas, precisamente entre los que tienen más vida: niños, jóvenes, mujeres caen, como si la muerte, estableciendo una horrible compensacion, hiriera por medio del contagio á los que no sucumben en los combates. Lúgubres comitivas salen con frecuencia de la ciudad, dejando en el lugar de eterno descanso á los que podian llenar con actividad bienhechora una larga existencia. Los ancianos lloran á los jóvenes; los niños que pedian pan á su madre, ya no la tienen... ¡Pobres inocentes!

El egoismo, tan contagioso como la epidemia, muestra toda su dureza, y la codicia toda su ferocidad: las sustancias alimenticias se ocultan y se venden de contrabando á precios exorbitantes; las transacciones mercantiles, limitadas á los artículos de primera necesidad, son contratos leoninos; el trabajo está paralizado; la lista de los desvalidos crece en progresion alarmante, y cada dia es mayor el número de los que la autoridad socorre, no para que vivan, sino para que no se mueran, en horas, de hambre.

Los niños no tienen juegos bulliciosos, ni los jóvenes cantos alegres. Se ven rostros pálidos, frentes abatidas, ojos enrojecidos por el llanto, pechos que respiran con dificultad; todo en medio de un silencio que interrumpen las detonaciones de las armas homicidas.

Aquella madre que á la mal provista mesa se sentaba con sus tres hijas, no tiene más que dos..... Lloro en silencio por la otra, oye esos pasos más terribles de oír que los del verdugo para un reo que está en capilla, y luego dice con acento desgarrador: *¡Ya nos la llevan!...*

Sí, se la llevan ya á la más jóven de sus hijas, que en aquel momento le parece la más amada. Sobre el negro paño del carro fúnebre colocan el ataúd forrado de blanco, emblema de la pureza de una vida de 19 años.

Sobre el féretro hay una corona de flores. En aquella estacion y en medio del general conflicto y comun desventura, ¿qué mano piadosa ha colocado allí esta ofrenda de cariño?

Allí cerca está un jóven; con el sombrero calado y el embozo subido, no se le puede ver el rostro. Inmóvil como una estatua, echa á andar al ponerse en movimiento la triste comitiva, como si por invisible ligadura estuviera sujeto al carro fúnebre.

Despues de haber andado algunos pasos, se detiene..... Vuelve á andar y se para de nuevo..... ¿Quién sabe lo que pasará por su pobre alma? La fuerza del cuerpo tal vez está próxima á faltarle, porque se vé que tiembla..... Detente, desventurado, detente..... Acuérdate de que tienes madre, madre que te adora, que vive solo por tí, que no le queda más que tú en el mundo..... Detente..... Tú no sabes lo que vas á ver si continúas!.....

Se detiene, mira hasta que ya no vé..... permanece inmóvil, como clavado..... Luego parece que quiere retirarse y que tal vez la fuerza le falta, porque se entra en el portal de una casa que no es la suya, ni la de ningun amigo.....

El número de los que forman parte de la fúnebre comitiva, vá disminuyendo á medida que avanza. Es extraño, porque era querida de todos la interesante criatura que llevan en el ataúd blanco. Los niños con quienes se reía, los tristes á quienes consolaba, los amigos que la miraban como parte de su familia, los vecinos que la saludaban cordialmente, que la veían entrar siempre que tenían una pena, ¿cómo no la acompañan dándole esta prueba de cariño, la última?.....

Muchos han acudido á la puerta de su casa; otros un poco más tarde; todos se van quedando despues de hablar entre sí, y decir cosas imposibles de creer.

Dicen que el sitiador no permite ya llevar los cadáveres al cementerio, para que sepultados en el interior de la ciudad, sean un nuevo foco de infeccion y causa de muerte. Dicen que

el Campo Santo y camino que conduce á él, están bajo el fuego del enemigo, que hará retroceder á los que por allí vayan piadosamente á ejercer una de las obras de misericordia. Dicen, que agitados por el demonio de la guerra, aquellos hombres no dejan en reposo el lugar del eterno descanso, no quieren paz ni para los muertos.....

Aunque no son creibles, creen estas cosas los que las dicen, porque se van retirando, y cuando sale fuera de la muralla el carro fúnebre, le precede el que le guia, y le sigue solamente un anciano que tuvo en la pila bautismal á la que acompaña, y ahora lleva la llave de su ataud. Alma noble, rechaza como calumnias aquellas cosas viles que murmuran en torno suyo, y se indigna de que vaya sin acompañamiento la que no dejaba solos á los afligidos. Advierte al conductor que vaya más despacio, no quiere que parezca que tiene prisa de dejar á la que tan despacio le visitó cuando estaba enfermo.

A pocos metros está de la ciudad y oye repetidas detonaciones de armas de fuego. Los disparos se hacen de la plaza, muy por alto, en la misma direccion que él lleva, y como si quisieran proteger su marcha. No hay duda, este es el objeto. El peligro en que no puede creer existe, y está próximo, y en vano quieren ponerle á cubierto de él. Continúa andando, pero no mucho tiempo, porque le detiene una descarga hecha de cerca y con intento hostil; ya no puede dudarlo. Una bala lleva la corona de flores puesta sobre el ataud. Llegan unos que parecen hombres, pero que no deben serlo, porque detienen el carro, amenazan al conductor, roban el caballo, derriban el féretro..... Tú, cuyos restos encierra, dichosa has sido en dejar el suelo que cubren de oprobio y de dolor esos mónstruos! ¡Oh! que lo ignore tu madre, que lo ignore aquel mancebo afligido que no tuvo fuerza para acompañarte á la última morada..... ¡que te niegan!

CONCEPCION ARENAL.

Gijon, 21 de Febrero de 1876.

UN VERDADERO AMIGO DE LOS POBRES.

(Continuacion.)

II.

LA SOPA DE DIOS.

Al observar la facha de aquel hombre, los niños empezaron á cuchichear y á reir; pero Vicente, saludándole con respeto, dijo: «Presumo que os habeis extraviado en el bosque, señor mio. ¿Puedo serviros en algo?»

El recién venido inclinó la cabeza, y no pudo articular una palabra: dejóse caer sobre la yerba, exhalando un ¡ay! de angustia.

—El hombre no se anda en cumplimientos; aquí se nos em-boca sin pedirnos licencia,—murmuraba Juan,—mientras Vicente, inclinándose al recién venido, preguntábale:

—¿Os habeis puesto malo? ¿Qué os aqueja?

—El frio, el hambre,—contestó el forastero con voz desfallecida y tiritando.

—Acercaos á la lumbre. Tomad esta sopa, tomadla y os aliviareis; tomad sin reparo.

—Y si la toma ¿qué vas á comer tú?—preguntó Catalina incomodada.—¿Y te se figura que con ir á casa y decir á madre: Vicentillo se ha quedado sin comer, en seguidita van á freirse un par de magras?

—Por supuesto,—añadió Juan recalcando la frase,—¡para eso están allí los perniles colgados al humo!.. ¡Este chico es tonto!

—Tomad la sopa y no les hagais caso,—dijo Vicente, al ver que vacilaba el forastero.—Estas criaturas no saben lo que dicen. Esta sopa os la envía Dios.

—La repartiremos entre los dos.

—¿Para qué? No señor, coméosla enterita: yo tengo bastante con el pan que me dieron esta mañana...

—¡Bastante! ¡Era un mendrugo que no pesaba dos onzas!

—Cállate, Paula. ¿No estás viendo que este pobrecito señor necesita reponer sus fuerzas?

—Pues mira, si has creído que voy á darte mis sobras, te llevas chasco,—dijo Juan sacudiendo la hortera vacía.

—Yo estoy acabando mi racion,—añadió Catalina engullendo las últimas cucharadas.

La más rumbosa fué Paula, que, arrebañando la olla, dijo:

—Si pudiera volver á llenarla, te daría la mitad.

El hombre, algo repuesto, le miraba con ternura, y tras breve silencio, preguntóle:

—¿Cómo te llamas?

—Vicente, para serviros.

—¿Y tus padres?

—Juan de Paul y Beltrana Moras.

—Vicente de Paul y Moras,—dijo el forastero devolviéndole la hortera, en cuyo fondo brillaba un escudo nuevecito.—Me has dado la sopa de Dios y con ella la vida. Dios te lo premiará.

—La sopa de Dios no se vende,—repuso el niño con dignidad, apresurándose á devolverle la moneda.

—¡Extraña criatura!—dijo el dador guardándola entre sorprendido y avergonzado.

—¡Bien dice la madre Cláudia!—refunfuñó Juan torciendo el rostro:—¡este chico es tonto!

El hombre, sin hacer caso del rapaz, dijo á Vicente:

—Desde ayer mañana estoy dando vueltas por el bosque, sin haber encontrado alma viviente, la lluvia me ha calado hasta los huesos, estaba débil, y por tres veces he caído en las zanjas y en los charcos.

—¡Pobrecito señor! ¿A dónde íbais?

—A Dax.

—No está lejos, podeis ir por el atajo. Juan tendrá el gusto de serviros de guía.

—¡Yo! ¿Quién lo ha dicho?

—Es igual; si tú no quieres ir, iré yo...

—¡Tú!—exclamó á su vez Catalina.—¡Bueno se pondría padre, si le dijeran: «Vicentillo descuida el rebaño!»

—Pero este señor no puede ir solo; si se cae, no tendrá quien le auxilie; iré á cumplir mi obligacion de cristiano, y si me pegan, que me peguen...

—Vamos, hombre, yo iré, será preciso... Este bobo es capaz de hacer lo que dice... y padre, cuando pega, tiene la mano dura... Ea, por aquí, señor.

El desconocido no apartaba sus ojos de Vicente.

—Adios,—le dijo besando aquel rostro cándido y risueño.— Los hombres de bien nunca olvidan los beneficios; el que los hace, debe hallar á su deudor en este mundo ó en el otro.

Al decir esto, levantóse y partió precedido por Juan, y en-

trambos desaparecieron á la vuelta de un recodo, mas no sin saludar á Vicente que los seguia con la mirada.

III.

LA TERCER TONTERÍA.

—Por la cuenta de Juanillo has hecho esta mañana dos tonterías; en llegando á la tercera, será preciso que hagamos la cruz,—estaba diciendo Catalina, cuando Paula exclamó:

—¡Válgame Jesús! ¿Qué tendrá Nicolasillo que no cesa de correr de un lado á otro, berreando como una vaca que ha perdido á su ternero?

—Vicente, ¿has visto por ahí á mi cordero blanco? Se me ha perdido mientras estaba registrando aquella encina por ver si quedan algunas bellotas de rebusca.

—¡Diantre! ¿Si será el que balaba en el bosque cuando Juan nos dijo: «El lobo se lleva un cordero.»

—¡Ay Paula! No me lo digas. Si el lobo se ha llevado el cordero del padre Fignac, va á tirarme al pozo.

—Calla, no digas eso. ¿No sabes que pecas mortalmente, criatura?

—¡Pobre de mí, Vicentico, pobre de mí! ¡Tú no sabes lo que es servir á un amo! Las ovejas que guardas son de tu padre; si pierdes una te pegará unos coscorriones, la mitad ha de llevárselos el viento. Un amo es otra cosa, el mio pega sin duelo... si me coje soy perdido.

—Vamos, hombre, no te apures, por eso no te ha de matar.

—Eso fuera menos malo,—exclamó el rapazuelo en tono que probaba ser cierto que temia el castigo más que la muerte.

—Dime, Paulita, ¿es cierto que Juan ha visto al lobo?

—Yo no sé, pero no seria tuyo el cordero que se llevaba.

—¡Ay! Sí, sí, el mio era, no podia ser otro. ¡Madre mia de mi alma! ¡Estoy perdido! ¡Perdido sin remedio!

—Animo, chico, ánimo,—dijo Vicente con voz entrecortada.—El padre Fignac no es un mal hombre...

—¿Que no? ¡Dios te libre de ser criado suyo! ¡Dios te libre! ¿Sabes lo que hará conmigo? Atarme al poste, coger una soga y azotarme hasta que deje mis espaldas en carne viva.

—¡Jesús qué judiada!—exclamaron las chiquillas llevándose las manos á la frente.

—Y no es esto solo; despues se cobrará el cordero á cuenta de

mi salario, y mi madre, mi pobrecita madre, no tendrá pan en todo el mes.

—¡Dios mio! ¡Eso es horrible!—prorumpió Vicente sollozando.

Los cuatro rompieron á llorar; pero de pronto, en medio de aquel cuarteto de sollozos, resonó un grito de alegría; el rostro de Vicente se puso radiante.

—¡Te has salvado, Nicolasillo, te has salvado!—exclamó batiendo las palmas.

—¿Mi cordero? ¿Ha parecido mi cordero?—preguntó Nicolasillo tendiendo ávidamente las miradas.

—Héle aquí,—dijo el pastorcillo cogiendo uno de su manada.—Tómale.

—Yo no le tomo, ese cordero es de tu padre. Si me le llevo, te zurrará.

—¿Qué importa? Tú lo has dicho; la mitad de los coscorriones se los ha de llevar el viento. Los padres no desuellan á sus hijos. Tómale.

—No, Vicente, no le tomo, no quiero yo ser causa de que tu padre te zurre.

—Pero ¿y tu madre? Tu pobrecita madre, no tendrá pan.

—¡Madre mia, solo por tí lo hago! Dios te lo pague, Vicentico, Dios te lo pague. Me has salvado la vida; estaba resuelto á matarme... ¡Dios me perdone!

—Amen,—dijo Vicente, mientras el pastor se alejaba llorando y repitiendo:

—¡Dios te lo pague!

—Ya podemos hacer la cruz,—exclamó Catalina entre risueña y llorosa.

—¿Por qué?

—Porque has hecho la tercer tontería.

En esto se oyó la voz de Juan que volvía cantando.

Saliéronle sus hermanos al encuentro, y pé á pá le contaron lo que llamaban ellos la tercer tontería de Vicente.

—Esa no le ha de valer al hijo de la viuda; vereis qué pronto voy á contárselo al padre Fignac.

—¡Por Dios, no lo hagas, hermanito! Si hubieras estado en mi lugar hubieras hecho lo que yo.

—Lo dudo, pero en fin esa tontería es fácil remediarla.

—¿Cómo?—preguntáronle á un tiempo los tres hermanos á cual más sorprendido.

—Así,—contestó el rapaz sacando del bolsillo dos escudos,—el viajero al separarse me dió uno para Vicente y otro para mí;

se los daremos á padre diciendo que nos ha comprado el corderillo.

—Todo queda remediado.

—¡Mintiendo!—exclamó Vicente indignado,—eso sí que no. Basta y sobra con haber cometido la bajeza de tomar ese dinero en pago de un servicio tan leve. Las obras de caridad se han de hacer por amor de Dios.

—¡Bah! El viajero es rico y yo soy pobre,—balbuceó Juan un poco avergonzado.

—Vicente,—observó Catalina,—el cielo está más oscuro, amenaza un chubasco; más vale que recojas el rebaño y te vendas con nosotros.

Silbó el pastorcillo llamando á las ovejas, y todos juntos emprendieron la bajada.

Segun iban acercándose al pueblo, crecía la inquietud de Vicente.

—¡Qué saltos me da el corazón!—le dijo á Catalina.

—¿Por qué no dejas obrar á Juanillo?—insinuóle dulcemente su hermana.

—Porque no es lícito mentir; dejemos obrar á Dios y que se cumpla su voluntad.

Diciendo estas palabras llegaron al caserío; allí les aguardaba una sorpresa. Junto á sus padres hallaron á Fignac con el cordero entregado al buen Nicolasillo.

IV.

LA VOLUNTAD DE DIOS.

En cuanto Beltrana de Moras vió á sus hijos, corrió á preguntarles:

—¿Qué historia es esa del cordero entregado por Vicente al hijo de la viuda Feissonne?

Los cuatro niños enmudecieron al ver que su padre arrugaba el entrecejo y cogía una vara de acebuche.

El pastorcillo miró á su madre y notó su angustia; miró al padre Fignac y vióle sonreír como sonrien los malignos, miró al cordero que le lamia las manos en señal de mansedumbre y reconocimiento, y fijó en su padre una mirada tímida y suplicante.

—Responde á lo que te preguntan,—dijo Paul enarbolando la vara.—¿Qué has hecho?

—Portarse con rumbo;—dijo Fignac, soltando una estrepitosa carcajada.

—Padre,—balbuceó el atortolado niño.—A Nicolás se le había perdido el cordero blanco, temia ser cruelmente castigado, lloraba, se afligia tanto, que yo... yo... le di el mio...

—¡El tuyo!... ¿Eres tú el dueño de mi rebaño?... ¡Pelele!

—Perdon, padre, hice mal en ofrecer lo que no era mio... pero Nicolás tiene tanto miedo al padre Fignac...

—¿Y tú no se le tienes á mi palo? ¿Piensas que no sé manejarle tan bien como Fignac?

—No señor, lo que pienso es que un padre no pega tan fuerte como un amo.

—¡Qué diantre de chico!—exclamó Paul en tono cuya dureza ocultaba su enternecimiento.

—El mocoso de Nicolasillo ha denunciado á Vicente,—dijo el pequeño Juan apretando los puños.

—Dí que se ha denunciado á sí mismo,—repuso Fignac.—Ese bribon rudo no se cuida de ganar el pan que come. Me abandona el rebaño, y pasa el dia buscando nidos ó golosinas. Esta mañana, le ví encaramado en una encina, llegué quedito y agarré un cordero sin que me viera.—¡No le aguarda mala tollina!—estaba yo diciendo, cuando le ví entrar con el rebaño completo. Mezclé disimuladamente la res que habia traído al pueblo, y le dije:—¿Cómo es que hay un cordero de más?—¡Diantre! Habíais de ver qué cara puso. Parecia que los ojos se le iban á saltar. Contaba y recontaba los corderos, y por último se arrojó á mis piés y me contó el lance. Aquí está el cordero, y en paz.

—¡Gracias á Dios!—exclamó Beltrana;—si no fuera por eso, ¿quién nos hubiera pagado la res?

—Yo, madre, yo,—dijo Vicente llorando.

—¡Tú! ¿Con qué dinero?

—Con este,—prorumpió Juanillo, alargando sus dos monedas y refiriendo el lance ocurrido en la pradera.

—Yo no contaba con ese dinero,—dijo Vicente,—queria ganarle con mi trabajo. El hortelano del convento de San Francisco busca un muchacho que le ayude á sacar agua del pozo. En un par de horas puedo ganar un jornalillo y volver á tiempo de llevar el rebaño.

—¡Eso no puede ser!—exclamó Beltrana,—eres muy niño, caerias enfermo, hijo de mi vida, eres endeblito.

—Dios me dará fuerzas, madre. Consentid en lo que os pido,

padres amados. ¡Deseo tan vivamente ser admitido en aquella santa casa!

—Lo serás,—dijo á la sazón un reverendo padre á quien todos los presentes saludaron con respeto.

Era el superior de la Comunidad de San Francisco.

—Sí, Vicente, serás admitido en esa casa, como hijo, no como siervo. En ella sabemos que te portas de modo que no hay en este pueblo familia que no te deba un gran beneficio. Has mejorado á sus hijos con el buen ejemplo que les das.

—¡Cómo, padre!—prorumpió la campesina llena de gozo al oír las alabanzas de su hijo predilecto.—¿Decís que os encargareis de instruir y de mejorar á nuestro hijo?

—De instruirle, sí, de mejorarle no me atrevo á decirlo. Es tan bueno, que ya quisiéramos nosotros parecernos á él... Decidme, Paul, y vos también, Beltrana, ¿sois gustosos? ¿Consentís de buen grado en que se cumpla el deseo de Vicente?

—Cúmplase la voluntad de Dios!—dijeron ambos esposos acariciando al fruto de bendición que les había otorgado el cielo.

El niño lloraba y reía, devolviéndoles sus caricias.

El religioso, enternecido, le tomó de la mano, y antes de partir bendijo á todos los presentes, diciendo:

—¡La paz sea con vosotros!

(Se continuará.)

EL ANILLO DE RUBÍES.

FÁBULA.

(De Emilio Deschamps.)

Cierto padre repartió
 Sus bienes á sus tres hijos,
 Reservándose tan solo,
 Cual rica alhaja, un anillo
 De rubíes.—Le reservo
 Esta joya á aquel, les dijo,
 En quien la acción más hermosa
 Llegue á ver. Partid hoy mismo,
 Pero volved por la Páscoa
 De Navidad. Reunidos
 En este hogar, oiré entónces,
 Con el objeto que os digo,
 Referir á cada uno
 Cómo mi anhelo ha cumplido.

Gozosos los tres partieron,
Y el día en que se convino,
Los tres volvieron exactos
A hollar el paterno asilo.

Así se expresó el primero:

—Un extranjero, hombre rico,
A quien hallé de viaje,
Confíome, sin recibo,
Un saco de oro. El tal
Murió: pude hacerlo mio,
Sin prueba alguna en contrario:
Y á su viuda volvílo.

—Una acción que siempre es buena,
Repuso el padre, has cumplido;
Mas un deber riguroso
Era tan solo, hijo mio,
El devolver esa suma.
No es de un hombre honrado y digno
Apropiarse el bien ageno.
Es de viles y bandidos.

—Cierta día, habló el segundo,
En un gran lago ví á un niño
Que se ahogaba: como un rayo
Lancéme á él. De un peligro
Inminente, salvo al punto,
Por mi arrojo á hallarse vino.

—Tambien esa acción que cuentas
Es muy laudable, hijo mio,
Replicó el padre. Es muy digna;
Mas solamente has seguido
Las lecciones venerandas
Del Maestro á sus discípulos:
«Socorremos mutuamente
En todo trance y peligro.»

Así se expresó el postrero:

—Vime un día á mi enemigo
Solo, y al sueño entregado
Al borde de un precipicio:
Al más leve movimiento
Iba á rodar al abismo.
Yo le salvé en el instante
De aquel riesgo inminentísimo.

—¡Ven á mis brazos! gozoso
El padre exclamó. Hijo mio,
Tuya es la joya! Recíbela
Cual galardón merecido.

«La virtud suprema es
Servir á sus enemigos.
Volver el bien por el mal
Es imitar á Dios mismo.»

ANGEL LASSO DE LA VEGA.